

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 107 – 30 de octubre de 2018

El abrazo del oso

Emilio Álvarez Frías

No pocas veces oímos entre amigos o extraños que fulanito ha dado el «abrazo del oso» a menganito. Una expresión de tantas que en las conversaciones sale sin meditar, entre cariñosa y malintencionada. Como todo, el dicho de «abrazo del oso» tiene su aquél. Se quiere decir con ello que se está dando, con buena o mala intención, un abrazo hasta asfixiar al receptor; es un abrazo como el que puede dar un uso, ya sea cántabro, leonés, pirenaico o blanco de los hielos polares; un abrazo de falso cariñó, traicionero, que termina asfixiando a la víctima, anulándolo probablemente de sus derechos, cortando el despliegue en su carrera, mandándolo al pozo del olvido. Cosa que pasa muy frecuentemente entre políticos, sobre todo en aquellos que más escasos andan de principios y estén más sobrados de ambiciones. Un ejemplo de individuo que practica con incontinente soltura el abrazo del oso es Pablo Iglesias. Si se confecciona una lista de incondicionales que han rondado a su alrededor y ahora permanecen en la oscuridad, probablemente ocupará más de un folio. Es experto en la práctica del abrazo, y lo maneja según van los vientos. He ahí el caso Errejón, al que ha zarandeado no poco desde que emergieron ambos, dándole el abrazo en no pocas ocasiones, aunque no tiene embarazo en sacarlo otras tantas a la luz si lo necesita, pues, en el fondo, Errejón es de los personajes más útiles y fieles que tiene, fidelidad que, probablemente, va paralela al ansia de poder que comparten y que quizá vislumbran en un tándem «a muerte», según se dice ahora con gran ligereza.

Sin embargo el abrazo que Iglesias prodiga a Pablo Echenique es un abrazo canijo, no apretando demasiado, como con desgana, aunque por el momento lo deja suelto pues da la sensación de que le resulta un tonto útil que hace muy buen servicio a su forma de escalar en la política, soltando majaderías en cada una de sus comparecencias sin que, en el fondo, alguien le hagan caso, tales como que «la prensa es el máximo obstáculo para tener un mundo mejor»; «En

En este número:

- **El abrazo del oso**, *Emilio Álvarez Frías*
- **Descubriendo lo ocultado**, *Manuel Parra Celaya*
- **Aniversario de un discurso**, *José M^a García de Tuñón Aza*
- **Maximalismo asimétrico**, *Alejo Vidal Cuadras*
- **Así se hacen las cosas por aquí**, *Jesús Laínz*
- **Así empezó Venezuela: destrozando el poder judicial**, *Eduardo Inda*
- **La tierra de nadie**, *Arturo Pérez Reverte*
- **Almudena Grandes, Premio Nacional de Literatura**, *Françiscisco Lanzas*

general, son una máquina de difusión de la mentira y la manipulación, la mayoría de los mensajes no son luminosos». Despachándose, para terminar su opinión al respecto, con esta aseveración: «Los medios actúan como una máquina del fango, como cuando en Italia se publicaba que determinados jueces eran pillados fumando en un parque. No hay ilegalidad, pero queda la sombra de la sospecha». ¡Eso lo dice un demócrata de toda la vida defensor a ultranza de la libertad! Pero ahí queda; como si hubiera parido una máxima socrática. Son palabras de Echenique que Pablo no desmiente, pero que le van sembrando el camino de propósitos a cumplir dentro de su ideología comunistomarxista a la que tan apegado está. Lo cierto es que Echenique solo debe servirle a Pablo para largar las boutade que le interesa diga alguien de su entorno para que el personal se vaya enterando, pero sin que se vea su mano.

Errejón da la sensación de ser como el trampero bueno que no tiene problemas en dejarse abrazar por el oso, pues le tiene bien tomada la medida a Pablo –quizá aprendido durante tu tiempo de boy scout– y sabe que, salvo que Iglesias se quiera suicidar, tiene que contar con él para ir rellenando huecos en televisión, aparecer con la cara de niño bueno que desea arreglar el problema a todo el mundo desde los postulados que él defiende, sin mencionar demasiado a Iglesias, pero dejando claro que recorren juntos el camino.

Si hablamos de los abrazos de Pedro Sánchez encontraremos que los hay de todas las medidas, de todo tipo y variedad y lo mismo da el abrazo a un miembro de su familia que al trampero que no está de acuerdo con su proceder y por ende le espanta continuamente la caza. Pero lo peor es que jamás actúa igual, constantemente cambia, evoluciona como los virus de la gripe: hoy presenta una cara y mañana la contraria, hoy despliega unos signos y mañana otros distintos. Y unas veces aparece en primera fila para desprestigiar a los contrarios con las diatribas que suele usar constantemente, pues no tiene mucha variedad, y otras se pierde dejando a los banderilleros que hagan su trabajo insistentemente, tildando al contrario de manifestar todo aquello que ellos utilizaban en tiempo anterior en sus continuos y repetitivos reproches; y lo hacen con un desparpajo y desfachatez inauditos. Sin que en ningún momento de la cara Pedro. En eso no se parecen al oso que siempre se apresta a librar la batalla con todo su poderío; el oso no esconde sus intenciones, abre los brazos en toda su extensión y da el abrazo con cuanta intensidad manda en su naturaleza; Pedro es de los que tira la piedra y esconde la mano.

Y entre abrazo y abrazo el país anda a la espera de que llegue el tiempo invernal a ver si desaparecen los osos camino de sus madrigueras a hibernar; mientras a la buena gente le da tiempo para arreglar lo que se ha ido marchitando durante la época calurosa en la que unos y otros hacen abuso de la naturaleza, maltratan el bosque, no ponen las medidas necesarias para su buena conservación, los hombres abusan del uso de la libertad sin moderarse en la medida necesaria para que otros hombres puedan ejercer su parte de esa libertad a la que tienen derecho, o para que puedan organizar la vida en el gran bosque de forma que resulte más placentera para todos.

El tiempo anda desmadrado, desajustado a las temperaturas estadísticamente tradicionales, desequilibrado en cuanto a lo que ha de llover o calentar sol en cada estación; mientras los vientos ejercen su influencia desmedida aquí o allá desmantelando la naturaleza y los lugares en los que habitan los hombres; los humanos andamos dando tumbos en torno a ideas, querencias y formas de comportarnos; llegando a no distinguir entre lo bello y lo grotesco, lo que muestran a través del arte dominante de este tiempo; en tanto el amor del que nos habló Jesús de Nazaret es como una antigualla y lo hemos sustituido por el deseo más o menos desenfrenado; por lo que andamos un camino que no es el idóneo para disfrutar de una vida que, sabemos, es perecedera y que tenemos la obligación de aprovechar de la mejor forma posible. Estamos en otoño y parece que nos encontramos en invierno; es un síntoma de todo nuestro devenir. Y como muestra de ese andar desajustado en cuanto a las proporciones, nada mejor que para nuestro paseo tomemos como compañía un botijo del celeberrimo Picasso que en la expresión de su arte



peculiar hizo cosas buenas, grotescas y antiestéticas por más que todas se canten en la misma proporción e intensidad.

Descubriendo lo ocultado

Manuel Parra Celaya

A raíz de mi último artículo es esas páginas, en el que comentaba –en tonos entre lo formal y lo desenfadado– la *tele estupidez* del programa de O.T., he recibido dos correos electrónicos dignos de mención de un par de allegados o conocidos.

El primero me causó cierta extrañeza, porque la persona en cuestión se mostraba sorprendida de lo que llamaba mi *filiación joseantoniana* y confesaba que ahora iba *atando cabos* sobre alguna de mis colaboraciones periodísticas; no se manifestaba ni a favor ni en contra de mis asertos, solo daba fe de su extrañeza; con ello, pude comprobar, claro está, que la sagacidad no era precisamente su fuerte...

El segundo era de alguien que me solicitaba si podía hacerle llegar el texto completo del testamento de José Antonio; en este caso, el sorprendido –gratamente– fui yo, pues me daba la impresión de que las simpatías de este conocido no iban precisamente en esa dirección.

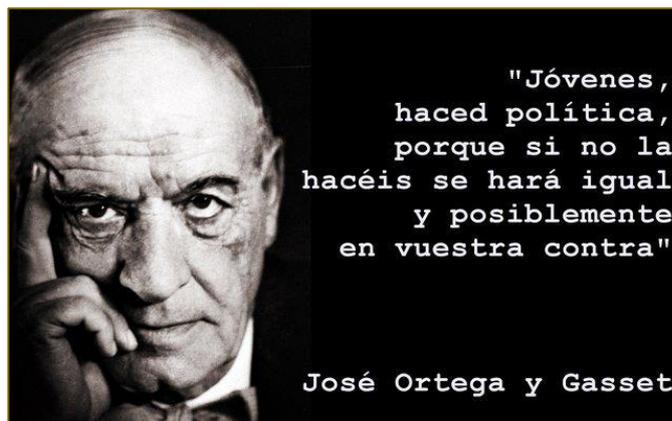
La cuestión es que estas dos comunicaciones, y especialmente la segunda de ellas, me han hecho reflexionar sobre algo que recordaba de Ortega y Gasset y que ahora, consultada la fuente exacta, transcribo a continuación: «¿Amamos lo que amamos porque lo hemos visto antes o en algún sentido cabe decir que vemos lo que vemos porque antes de verlo lo amábamos ya?».

También recuerdo que la primera vez que leí esta frase, entresacada de un artículo titulado *Corazón y cabeza* y publicado en *La Nación* de Buenos Aires en julio de 1927, mi tentación inmediata fue contestar *¡La gallina!*, al modo de la conocida anécdota que narró Jardiel Poncela, pero, tras una lectura repetida y reposada –como se debe leer a Ortega siempre– creo que advertí su profundo sentido, y puede aplicarse al correo recibido.

Las breves citas del histórico testamento que insertaba en mi artículo de la semana pasada seguro que despertaron la curiosidad de mi conocido, pero, además, tuvieron la virtud de lograr que *viera a José Antonio Primo de Rivera*, porque, en su interior, ya coincidía con el significado de aquellas ideas; y esto nos puede pasar con cualquier lectura que implique un *descubrimiento*: advertimos las razones o la belleza de la expresión del autor, porque previa y secretamente, a lo mejor en lo más remoto de nuestro inconsciente, estamos predispuestos o *encariñados* (no empleo el verbo *amar*, al modo orteguiano) con aquel contenido o aquella forma.

¿Cuántos españoles de hoy *conocen* textos de José Antonio? Incluso, a quienes me igualan o superan en edad solo les sonarán algunas frases sueltas: *El hombre portador de valores eternos*, *España es una unidad de destino en lo universal...*, cuando no lo anecdótico de aquello de *los puños y las pistolas*, descontextualizado evidentemente, que no se cae de la boca de los plumíferos desacreditadores y, por consiguiente, desacreditados.

Posiblemente, muchos de los planteamientos y afirmaciones joseantonianas sobre el sistema de crédito, el paro, el sindicalismo, los partidos políticos, la democracia *de contenido*, la unidad y variedad de España, etc. serían enormemente gratas y sorprendentes a los ciudadanos de estos días, porque advertirían atinadas reflexiones y respuestas a muchas de sus preocupaciones e inquietudes cotidianas.



Como escribió Adriano Gómez Molina, que sabe bastante del tema, «hay un cáncer pavoroso para las formulaciones políticas: la degradación tópico de las palabras con que se formularon unas ideas, la conversión en tópicos, en lugares comunes, en frases mostrencas, de aquellos párrafos o dichos en los que cuajaron un ideario político».

Lo dicho es de aplicación a cualquier autor y pensador; piensen en cuantos conocen de Carlos Marx poco más que aquello de que *la religión es el opio del pueblo*, o del propio Ortega lo de *yo soy yo y mi circunstancia*, sin terminar la cita, o solo recuerdan de Lampedusa el tópico de *cambiar para que nada cambie...*

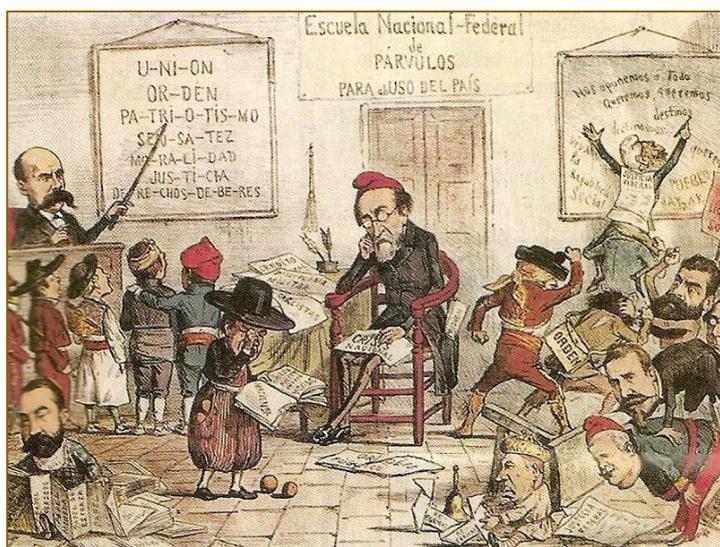
Soy consciente de que, de seguir así, derivaré mis palabras, por deformación profesional, hacia el campo de la enseñanza y sus lagunas; menos mal que, según dicen, el Congreso se ha definido a favor de que vuelva la Filosofía a los planes de estudio; mi pregunta, y mi sospecha, es si, previamente, actuará una nada sutil censura que invalidará o silenciará de antemano a pensadores cuyos asertos no cuadran a *lo políticamente correcto*, y, así, serán objeto de una voraz tijera –como la describía humorísticamente *La Codorniz*– para amputar o tergiversar lo non grato.

De momento, esa censura se ha aplicado sistemáticamente con los textos de José Antonio Primo de Rivera, y solo la curiosidad o el hecho de *ver lo que amábamos ya*, sin saberlo, permite romper el anatema lanzado sobre él.

Aniversario de un discurso

José M^a García de Tuñón Aza

En este 85 aniversario deseo referirme al pensamiento que del Estado tenía el fundador de Falange. Para José Antonio el Estado es la suprema unidad orgánica de convivencia en la que culminan: Familia, Municipio y Sindicato. Por otro lado, dijo que el Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en sí mismo. El Estado liberal permite que todo se ponga en duda, incluso la conveniencia de que él mismo exista. Para el gobernante liberal, tan lícito es la doctrina como que el Estado debe ser sustituido. Es decir, que un Estado *hecho*, no cree ni siquiera en la bondad, en la justicia, en la conveniencia del propio Estado. Tal un capitán de navío que no estuviera seguro de si es mejor la arribada o el naufragio. La actitud liberal es una manera de *tomar a broma* el propio destino; con ello es lícito encaramarse a los puestos de mando sin creer siquiera en que debe haber puesto de mando ni sentir que obliguen a nada, ni aun a defenderlos.



El Estado Liberal –el Estado sin fe, encogido de hombros– escribió en el frontispicio de su templo tres bellas palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Pero bajo su signo no florece ninguna de las tres. José Antonio pretende devolver al Estado la categoría que le corresponde como suprema forma expresiva de convivencia social y estructura moral y jurídica de la sociedad. José Antonio no elabora una teoría del Estado con rigor académico, dice el filósofo Muñoz Alonso. O sea, no ejerce de profesor. Acepta la doctrina de los clásicos del cristianismo. De santo Tomás de Aquino, por ejemplo, cuyas palabras del dominico recogemos más adelante.

En el pensamiento de José Antonio, aparece el Estado como una finalidad esencial, es decir, bien de todos los que viven bajo su amparo. Esta finalidad es la que justifica y la que, en derecho, le origina, le sostiene y le dignifica. El Estado incide en la sociedad, que representa la materia de la

que forma parte, o mejor, con la que se organiza. La polémica con las concepciones del Estado ha permitido a José Antonio esclarecer su pensamiento y ahondar en algunas ideas, servidas en un estilo que no por polémico deja de ser riguroso y preciso. El Estado liberal no reúne en el pensamiento crítico de José Antonio, los requisitos exigidos para su legitimación histórica en el orden moral, cree Muñoz Alonso. Por eso José Antonio personaliza en Juan Jacobo Rousseau la concepción liberal del Estado. *El Contrato Social* de Rousseau, se inicia en el proceso de ruptura de la última edad clásica que comienza en el siglo XIII, y el de irrupción de las fuerzas disolvente que anuncia la Reforma. El nuevo Estado, que anuncia José Antonio no se presenta como una originalidad en un proceso del pasado, sino como la instauración de un orden permanente, actualizado.

El Estado liberal liberaliza en tal medida a éste que le desnaturaliza. Por eso, decía José Antonio, ese Estado es lo contrario de lo que nosotros queremos. «Nosotros queremos que el Estado sea siempre instrumento al servicio de un destino histórico, al servicio de una misión histórica de unidad: encontramos que el Estado se porta bien si cree en ese total destino histórico, si considera al pueblo como una integridad de aspiraciones, y por eso nosotros no somos partidarios ni de la dictadura de izquierdas ni de la de derechas, ni siquiera de las derechas y las izquierdas, porque entendemos que un pueblo es eso: una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse». Habló también del Estado Sindicalista y criticó a los socialistas que entregan la plusvalía, es decir, el incremento de valor del trabajo humano a la colectividad organizada en Estado. En cambio, el sistema sindicalista adjudica la plusvalía a la unidad orgánica del mismo trabajador.

Por eso José Antonio recoge aquellas palabras de Santo Tomás de Aquino: «El fin es el *bien común, la vida pacífica, feliz y virtuosa*.



Transformación del Estado social

Son justas las formas de gobierno (de uno, de varios o de muchos), en tanto se ordenan a ese fin, e injustas cuando lo menosprecian. El gobernante que no gobierna hacia el bien común, sino en provecho propio, es un tirano, contra el cual es lícito alzarse, siempre que la rebelión no traiga males mayores; es decir, no vaya en detrimento del bien común, que nunca se pierde de vista». Para un Estado de tipo liberal lo accidental es siempre lo que prevalece. Por eso no combate, sino que esquivo. No cree tener razón y no acomete resuelta-

mente a los que quieren derribarlo. Se limita a agotar su languidez como si fuera vida. Este es el panorama de España

que entonces veía José Antonio: unas derechas blandas, un Gobierno vacilante y la anti-España a marchas forzadas sobre lo que queda. Marxismo, separatismo. La anti-España, en suma, muy parecida a la que ahora tenemos.

«El Estado liberal democrático respeta la voluntad del pueblo y exaspera los límites de su responsabilidad como fundador del orden. Entrega al pueblo las llaves del cielo y de la tierra, y descubre en su voluntad la fuente y la norma del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, es lógico», dice Muñoz Alonso. Pero si el hombre nace libre esa libertad no la puede vivir sin el amparo de un principio fuerte y permanente. Cuando los principios cambian con los vaivenes de la opinión, sólo hay libertad para los acordes con la mayoría. Las minorías están llamadas a sufrir y callar. Todavía bajo los tiranos medievales quedaba a las víctimas el consuelo de saberse tiranizadas. El tirano podría oprimir, pero los materialmente oprimidos no dejaban por eso de tener razón contra el tirano. Sobre las cabezas de tiranos y súbditos estaban escritas palabras eternas, que daban a cada cual su razón. Bajo el Estado democrático, no: la Ley –no el Estado, sino la Ley, voluntad presunta de los *más- tiene siempre razón*. Así, el oprimido, sobre serlo, puede ser tachado de díscolo peligroso si moteja de injusta la Ley. Ni esa libertad le queda.

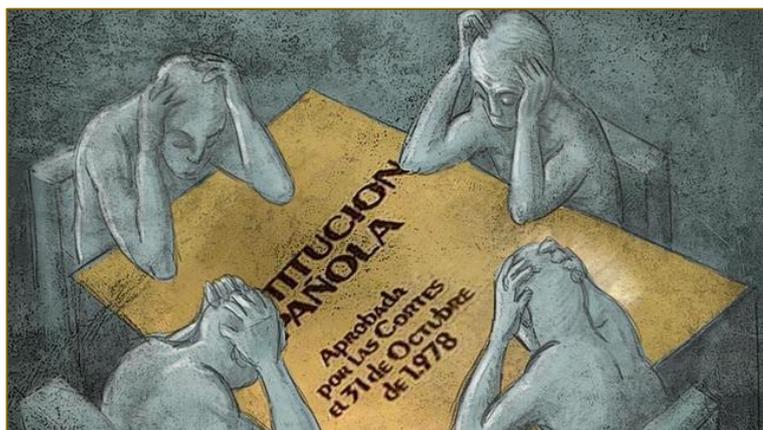
Por eso un día José Antonio escribió que todas las aspiraciones del nuevo Estado podrían resumirse en una palabra: *Unidad*. En homenaje a esa unidad han de plegarse clases o individuos. Y la construcción deberá apoyarse en estos dos principios. Primero: en cuanto a su *fin*, el Estado habrá de ser instrumento puesto al servicio de aquella Unidad, en la que tiene que creer. Nada que se oponga a tan entrañable trascendente Unidad debe ser recibido como bueno, sean muchos o pocos los que lo proclamen. Y segundo: en cuanto a su *forma*, el Estado no puede asentarse sino sobre un régimen de solidaridad nacional, de cooperación animosa y fraterna. La lucha de clases, la pugna enconada de partidos, son incompatibles con la visión del Estado.

Maximalismo asimétrico

Alejo Vidal-Quadras *(La Gaceta)*

Se ha hablado y escrito abundantemente sobre la hegemonía ideológica de la izquierda en campos tales como el feminismo, la inmigración, el multiculturalismo, la globalización, la memoria histórica, el nacionalismo identitario, la seguridad, la defensa, la valoración de las sentencias de los tribunales, las sanciones a las dictaduras colectivistas y así sucesivamente. En todas estas cuestiones, el dominio de los conceptos denominados curiosamente «progresistas» es abrumador en los medios de comunicación, en los foros de debate y en el Parlamento. Ante esta avalancha de enfoques políticamente correctos los partidarios de la sociedad abierta y del respeto a la realidad contrastada, se encuentran en permanente retroceso y las fuerzas políticas que supuestamente deberían representar un tratamiento más objetivo de estos problemas actúan siempre acomplejadas sin atreverse a cambiar apenas nada cuando llegan al poder o a lo sumo intentando minimizar tímidamente el mal causado por las desastrosas etapas socialistas.

Se ha presentado recientemente en Madrid una plataforma civil llamada «España siempre» que se ha atrevido a abrir un debate sin cortapisas sobre el Estado de las Autonomías, esa forma sui generis de organización



territorial del Estado que fue uno de las aportaciones más destacadas de la Transición al cambio democrático en la etapa de gestación de la vigente Constitución de 1978. La doctrina oficial, adoptada tanto por el Partido Popular como por el Partido Socialista, es que este método de fuerte descentralización política, legislativa, administrativa, simbólica y lingüística ha sido un éxito y que ha contribuido muy positivamente a lo largo de las últimas cuatro décadas al eficaz gobierno y al bienestar de los españoles. Los impulsores de «España siempre», entre los que destaca el ex-ministro de UCD y conocida figura del liberalismo patrio Ignacio Camuñas, han señalado con razón que este lugar común está completamente reñido con la verdad a poco que se analicen los hechos con el rigor requerido.

En primer lugar se trata de un artefacto probadamente ineficiente, plagado de duplicidades, redundancias y entes inútiles de los más variados tipos. Resulta financieramente costosísimo y ha fragmentado el mercado interior español con los consiguientes perjuicios para el buen funcionamiento de las empresas. La diversidad regulatoria y las barreras lingüísticas han acabado con la libre movilidad de funcionarios, de profesionales y de negocios mitigando en buena medida el sano efecto de la competencia generadora de calidad. La corrupción se ha multiplicado al proliferar los centros de clientelismo y de capacidad de decisión. Lejos de pacificar a los movimientos separatistas catalanes y vascos, éstos han utilizado los poderosos instrumentos institucionales, financieros, educativos y de creación de opinión puestos a su disposición para socavar la lealtad constitucional, la Corona y la unidad nacional. La culminación de este largo y

sostenido proceso de vulneración del gran pacto civil de la Transición ha sido el intento golpista de secesión unilateral en Cataluña que ha dividido peligrosamente a los ciudadanos de esa Comunidad y que la está arruinando. En cuanto a las diferencias de renta per cápita entre distintas partes de España, aunque en todas ha subido este indicador desde la implantación de la democracia, se han mantenido inalteradas, por lo que se puede concluir que el pretendido efecto igualador del sistema autonómico no se ha producido. Se mire por donde se mire, el Estado de las Autonomías presenta muchos más inconvenientes que ventajas y por tanto es evidente que una seria revisión de sus planteamientos y de su funcionamiento es más que necesaria.

Pues bien, el toque de atención de «España siempre» y su propuesta de examinar fríamente la posibilidad de la transformación del actual modelo territorial políticamente inmanejable y presuntamente insostenible en otro de naturaleza unitaria, con unas instancias centrales administrativamente descentralizadas y un poder local fuerte al estilo de Francia, Portugal, Polonia o Suecia, eliminando así el tinglado desordenado y carísimo que hoy nos enfrenta unos con otros, nos complica absurdamente la vida y nos vacía el bolsillo, ha recibido una tormenta de críticas acusándolo de anti-democrático, regresivo, totalitario y cosas incluso peores.

Es decir, que los separatistas están legitimados para proponer la liquidación de España como Nación y seguir ocupando tranquilamente sus escaños y sus cargos públicos y cobrando sus sueldos del erario pagado por los contribuyentes españoles, pero el que se atreva a sugerir una reforma profunda del Estado de las Autonomías en un sentido racionalizador para ganar en eficiencia, en cohesión nacional y en optimización de recursos, es un fascista irredimible. Dos pesas y dos medidas para juzgar las ideas bajo el prisma del pensamiento único progresista, un maximalismo asimétrico que considera las que vienen de un lado, por extremas y destructivas que sean, como aceptables y merecedoras de respeto, mientras que las otras, por sensatas y basadas en datos fehacientes que se muestren, han de ser condenadas sin remisión. Si no nos rebelamos contra esta hemiplejía axiológica, nos encaminamos directos a la descomposición social y a la miseria material. Se dirá seguramente que ya hay demasiada gente que vive de esa tramoya hipertrofiada como para que los partidos acepten su conversión en una arquitectura institucional que responda a las verdaderas necesidades del país. La respuesta es que somos más los que sufrimos las consecuencias de semejante abuso que los que sorben de sus ubres y que, por tanto, si reaccionamos con energía y determinación, todavía podemos librarnos de este yugo insoportable.

Así se hacen las cosas por aquí

Jesús Laínz (LD)

Supongo que todos conocerán la historia, pero por si queda por ahí algún despistado, se la vuelvo a contar.

Hace no sé cuántos años, no sé qué científicos de no sé qué país hicieron el siguiente experimento con unos monos. Metieron a cinco en una gran jaula en medio de la cual colocaron una larga escalera. De vez en cuando abrían una trampilla en el techo y colocaban un racimo de plátanos en su cúspide. Cuando alguno de los monos comenzaba a subirla, los demás monos eran rociados con fuertes chorros de agua helada. Varias duchas después, todos los monos aprendieron lo suficiente como para dar una tunda de palos al que pretendiese volver a subir por la escalera. El paso siguiente fue sacar uno de los monos y meter otro nuevo. Volvieron a colocar un racimo de plátanos en la escalera y el mono recién llegado pretendió subir a por ellos, ante lo que sus compañeros, que sabían lo que se jugaban, se lo impidieron con violencia. Varias palizas después, se le habían quitado las ganas de volver a subir. Acto seguido sacaron otro mono del primer grupo y metieron un segundo mono nuevo. Sucedió lo mismo, con la curiosa novedad de que el primer mono sustituto, que no había conocido el agua helada pero sí los golpes, también participó en el linchamiento del novato. Siguieron sacando monos de la primera tanda y metiendo monos nuevos hasta que no quedó ninguno conocedor del castigo del agua. Pero todos los monos de la jaula sabían que había que sacudir al que pretendiese subir por la escalera, convertida en tabú sin que

ninguno de ellos supiera por qué. Lo único que tenían que saber era que así se hacían las cosas por allí.

Con todas las obvias distancias existentes entre los simios y los hombres, esto mismo es lo que sucede en Cataluña –y en el País Vasco, dicho sea de paso– con el odio a España. Tengamos en cuenta que, aprovechando la inocencia e indefensión infantiles, los canallas de los adoctrinadores separatistas comienzan a inocular el veneno desde parvulitos a través de todo tipo de acciones dirigidas a lo sentimental y lúdico: dibujos, juegos, representaciones, excursiones, canciones, desfiles, himnos, etc. Maltrato infantil que, sorprendentemente, nunca ha sido suficientemente denunciado y apuntado en la lista de cargos contra el separatismo. Y dicho maltrato infantil se apuntala posteriormente con mil mentiras desplegadas con abrumadora insistencia en libros, aulas, medios de comunicación y cualquier ámbito social. Un repugnantísimo ejemplo de ello es el libro *L'1 d'octubre explicat a la menuda*, escrito por Adrià Pujol Cruells e ilustrado por Marta R.



Gustems, modélico ejemplo de abuso infantil totalitario que, si hubiera sido editado en la Rusia de Stalin o en la Alemania de Hitler, hoy sería objeto de repulsa unánime, pero que, como se trata de la obra de separatistas catalanes, cuenta con las bendiciones de la conciencia democrática universal.

Dada la necesidad que experimenta la mayoría de los seres humanos de sentirse aceptados y arropados por el rebaño, no hace falta mucha elaboración intelectual para conseguir magníficos resultados. Es más, demasiados datos y demasiados razonamientos, lejos de ayudar, serían peligrosos, pues podrían provocar que alguno de los destinatarios arrancase a pensar por su

cuenta. Y el que, niño o adulto, ose salirse del rebaño, ha de ser señalado, abucheado, ridiculizado, linchado, expulsado.

El pensamiento único separatista es abrumador. No existe otro. Si existiese, saldría por la tele, se mencionaría en las conversaciones y se debatiría libremente en cualquier lugar y ocasión. Pero no es así. Por eso millones de catalanes, especialmente los más jóvenes, manipulados por los adoctrinadores totalitarios, odian a esa España convertida en tabú, como la escalera del experimento. Y como han declarado en alguna ocasión niños que fueron entrevistados por alguna cadena televisiva:

- Odio a España. No sé por qué, pero la odio.
- Cataluña no es España. No sé por qué, pero no lo es.
- No me siento español. No sé por qué, pero no me lo siento.
- No quiero ser español. No sé por qué, pero no quiero.
- Quiero la independència. No sé por qué, pero la quiero.

Efectivamente, lo único que tienen que saber es que así se opina y se hace –y se siente y se odia– por aquí.

No será fácil disolver este quiste, tan arraigado en cientos de miles de catalanes engañados que defienden de buena fe el veneno cuya inoculación ni siquiera percibieron. Desde luego, ninguna solución debemos esperar ni de los gobernantes catalanes ni, menos aún, de los incapaces, cuando no cómplices, gobernantes monoclovisitas de cualquier partido. Sobre todo del esencialmente hispanófobo PSOE, capaz de alcanzar las más bajas simas de la infamia, como demuestra cada día.

Pero cometamos la imprudencia de atrevernos a creer en la dignidad humana, que está por encima de tiempos, lugares, ideologías y circunstancias personales. Quizá algún día, por uno de esos extraños estremecimientos colectivos imposibles de prever, llegue el momento en el que un número significativo de catalanes empiecen a darse cuenta no sólo de que les han engañado, sino

de que hasta les han manipulado los sentimientos. Y el día en que eso suceda, la reacción contra el totalitarismo separatista puede ser abrumadora.

Así empezó Venezuela: destrozando el poder judicial

Eduardo Inda (OKDiario)

Una mujer con español impecable, ése que ya sólo se habla al otro lado del charco, se aproximó y me susurró al oído mirando a norte, sur, este y oeste: «Señor Inda, ¿puedo hablar con usted un minuto?». Iba ataviada con un mandil, debía superar los 50, su acento era inequívocamente venezolano y se le notaba una categoría intelectual superior a la media. «Claro», respondí sin titubear. «Acompáñeme», me rogó llevándome a un puesto en un mercado capitalino de cuyo nombre prefiero no acordarme para no poner en riesgo su seguridad. Más que nada, para que la gentuza podemita no le dé un susto el día menos pensado.

Quince metros más allá estábamos ante su negocio. Humilde negocio. Un puesto de croquetas de todo tipo de sabores y colores. Rosadas, blanquecinas, verdosas y negruzcas. De jamón, pollo, espinacas y hasta chipirones. Me contó que llevaba dos décadas en la madre patria. «¿Se dedicaba usted allá al mundo culinario?», cuestioné echando mano de lo obvio. «No», terció rápidamente casi sin dejarme terminar, «yo era fiscal en Venezuela y al poco de llegar Chávez al poder, en el ecuador de los siglos xx y XXI, me destituyeron y me tuve que exiliar. Y aquí me tiene dedicándome a algo que no es lo mío pero bueno...». Mi cara era, como se podrán imaginar, todo un poema. Estupefacción pura. Y dura. La suya, de una tristeza indescriptible.



Me desveló que en los 90 era una de las fiscales más importantes de la nación con las mayores reservas petrolíferas del mundo. Pero que tuvo que tomar las de Villadiego cuando los medios vendidos a la dictadura (a la fuerza ahorcan), que entonces debían ser el 80% y ahora no bajan del 95%, la empezaron a poner en la diana, a injuriarla, a calumniarla y a difamarla. Como a cientos de garantes de la legalidad. «Los escraches a mí y a mis compañeros se hicieron insoportables por lo rutinarios y lo feroces que eran», apostilló.

Consecuencia: se vino a España en busca de un mundo mejor. Y aquí sigue. Con añoranza de su bellísima tierra natal, melancolía a raudales y la sensación agrídulce del que sabe que ha salvado la vida pero ha perdido a su familia tal vez para siempre porque ellos carecen de posibles para comprar el pasaje y ella es igual de consciente de que regresar allá es optar a una tómbola en la que cuentas con todos los boletos para que te den un susto o directamente matarile.

Hugo Chávez, un narcoasesino con todas las letras, un ladrón con todos los números, lo tenía claro: una verdadera democracia es aquella en la que hay un sistema de contrapesos en el que unos poderes se controlan los unos a los otros en una suerte de círculo virtuoso. Como quiera que nació y murió sátrapa, este malnacido al que Satanás tenga en su gloria tuvo claro desde el minuto 1 que la perpetuidad de su satánico proyecto pasaba por convertir al Legislativo y al Judicial en un apéndice del Ejecutivo.

No había pasado ni un año y con la excusa de limpiar la Justicia puso en la calle a cientos de magistrados y fiscales. Casualmente, todos los miembros del poder judicial sucios eran aquéllos y aquéllas que, como nuestra exiliada amiga, habían expresado su malestar con la invasión chavista de los tribunales. Y si encima eras ideológicamente un liberal o te situabas en la derecha

democrática tus posibilidades de trabajar en lo que tanto te había costado conseguir y de seguir con vida se reducían a la mínima expresión.

Chávez tardó seis años en tocar el Tribunal Supremo porque aquello eran palabras mayores. Pero como quiera que era tan malo como tenaz consiguió en 2004 ponerlo bajo su bota matonil. Quien controla la máxima magistratura de un país lo controla todo. La Asamblea Nacional tardaría un poco más pero resulta perogrullesco recordarles que hoy día es un órgano sin poder real por cuanto éste se halla residenciado en el Palacio de Miraflores, sede de la Presidencia de la República, y en la servil Asamblea Constituyente. El Legislativo y el Judicial son tan sólo un recuerdo de un tiempo pasado que fue infinitamente mejor. Económica y democráticamente.

España no es Venezuela. En eso estamos todos de acuerdo. Pero cada vez somos más los que puntualizamos un inquietante... «de momento». Qué casualidad que, como por arte de birlibirloque, se haya desatado de repente una cacería contra el Tribunal Supremo de España, en el que están los mejores de la carrera. Los cristiano ronaldos y los messis de la judicatura. Los mejores de los mejores. Tipos de una brillantez superlativa. Y de una independencia a prueba de presiones, extorsiones y manipulaciones en el 95% de los casos.

La sentencia sobre el Impuesto de Actos Jurídicos Documentados y la posterior reacción del presidente de la Sala de lo Contencioso fue la tormenta perfecta que sirvió en bandeja al fascio podemita la excusa para poner caldo a nuestra más alta magistratura. El objetivo podemita era obvio: dejar en la opinión pública la sensación de que los jueces del Supremo eran poco menos que unos tipos malignos a la par que peseteros al servicio de los bancos, los cuales les habían sobornado como el diablo manda para que fueran «buenos chicos».

Casualidad o no, lo cierto es que tanto el ponente como uno de los miembros del tribunal de lo Contencioso que dictó el fallo que puede generar un agujero de hasta 20.000 millones de euros a las entidades bancarias son magistrados próximos a la izquierda extrema. Ni quito ni pongo. Sólo apporto el dato. Nunca he creído en las casualidades, en las coincidencias o en el cruce de astros. Mi única fe es la estadística y la estadística indica que las cosas son normalmente lo que parecen. Empirismo puro.

La segunda andanada al Tribunal de la Plaza de la Villa de París juega directamente con las cosas de comer. Con la España constitucional. Con el Estado de Derecho. Con la división de poderes.



Con la democracia en suma. Contemplar a socialistas y podemitas todos a una advertir de manera concertada al Supremo que no hay rebelión en el golpe de Estado del 1 de octubre del año pasado supone efectuar un viaje en el tiempo a esa Venezuela en la que todo terminó quién sabe si para siempre el día en que se empezó a linchar mediática y políticamente al Tribunal Supremo.

Otra afrenta al poder judicial, ésta de libro, de manual de golpes de Estado más bien, fue la visita de ese diablo vestido de gua-

rro que es Pablo Iglesias al jefe del golpe, Oriol Junqueras. Un desafío, una burla y una desautorización en toda regla de los poderes Ejecutivo y Legislativo. No imagino yo a Leopoldo Calvo Sotelo ni a Felipe González remitiendo a su socio parlamentario Paco Ordóñez a la prisión militar del Castillo de la Palma en Coruña a negociar el silencio de Antonio Tejero. Básicamente, porque les hubieran montado el pollo del siglo y se hubieran tenido que ir por donde habían venido.

Han salido todos en tromba para desautorizar la calificación penal que tanto el juez Llarena, como la Fiscalía y la Abogacía del Estado han hecho de lo acaecido entre el 6 de septiembre y ese 27 de octubre en el que se proclamó la República Catalana. Carmen Calvo, el pinochesco presidente Sánchez que dice «Diego» donde hace cinco meses decía «digo», el infausto Pascualone Sala, sobrecogedor amigo de Jesús Polanco, obviamente Pablo Iglesias, Dolores Delgado y el que

faltaba, José Luis Rodríguez Zapatero, el hombre que transportó España de 1978 a 1936. La todavía ministra de Justicia llegó a asegurar allá por el mes de junio que había que modificar el delito de rebelión «a la nueva realidad». Lo que vienen a colarnos entre líneas es que el 1-O fue una expresión democrática, más o menos afortunada, pero expresión democrática al fin y al cabo.

En resumidas cuentas, nos quieren vender una moto muy concreta: que no se puede encarcelar a nadie por sus ideas. Eso es lo que subyace de toda esta controversia. A todos ellos les invitaría a dedicar dos segundos de su augusto tiempo y leer lo que manifestó un tal Fernando Grande-Marlaska, cuando aún era el excelente magistrado que siempre fue: «En España no hay nadie en la cárcel por sus ideas o por sus opiniones políticas».

Desprestigiar el Supremo para luego controlarlo es lo que se consumió en Venezuela con las terribles consecuencias por todos conocidas. Y es lo que tiene toda la pinta que se va a intentar perpetrar en España. Pedro Sánchez quiere un Tribunal al estilo González: cómodo y que no ponga pegos ni peros a su indisimulado deseo de perpetuarse en el poder. Y si hay que eliminar la tipificación del 1-O como rebelión (hasta 30 años de reclusión) para contentar a los que te transportaron a La Moncloa, pues se elimina. Estoy convencido de que es un firme creyente en la división de poderes pero más aún lo estoy (a los hechos me remito) de que el fin, morir dentro de 40 años en Moncloa, justifica para él cualquier medio. Y aquí paz y después gloria. Pablo Iglesias va más allá. Su objetivo último es desnaturalizarlo, destrozando lo que los anglosajones denominan check and balances y mandar a paseo a los magistrados indomables (la inmensísima mayoría) para convertirlo en un apéndice de la satrapía venezolano-iraní que quiere instaurar. Malos tiempos para Montesquieu y peores para nuestra democracia. Estas cosas siempre acaban igual: con menos libertad. En dictadura o en dictablanda, en democracia vigilada o en pseudodemocracia. Es la historia del mundo.

PD: las croquetas de nuestra amiga venezolana estaban buenísimas. Pero preferiría que estuviera en Venezuela haciendo Justicia, sancionando el terrorismo de Estado y a su narcopresidente que deleintándonos el paladar y el estómago a los españoles.

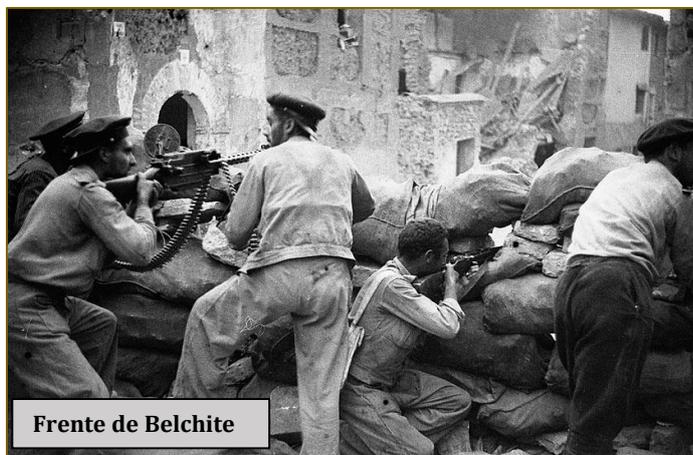
La tierra de nadie

Arturo Pérez-Reverte (*XL Semanal*)

Ocurrió en 1938, en plena Guerra civil. El abuelete que me contó la historia murió hace once años. Digamos, por decir algo, que se llamaba Juan Arascués. Era bueno contando: breve, conciso, seco, sin adornos. Un hombre honrado con poca imaginación, pero que sabía mirar. Y recordar. Era uno de esos aragoneses pequeños y duros, de montaña y pueblo. Era de Sabiñánigo, o de un pueblo de allí cerca, donde el viento y el frío cortaban el resuello. Había trabajado desde los doce años en el campo, con sus hermanos, más tarde en una fábrica de Barcelona, y luego había vuelto al campo. Cuando estrechaba tu mano, te raspaba. Tenía las palmas tan encallecidas que podía tener en ellas, decía riéndose, un trozo de carbón encendido sin que le doliera.

Yo preparaba una novela que luego no escribí, y charlé con él varias veces. Y un día, al hilo de no sé qué, salió el asunto: la Guerra Civil. La había hecho muy joven, con los nacionales; porque, dijo, fueron los primeros que llegaron a su pueblo. «Si no hubieran sido éstos –contaba–, habrían sido los otros, como le pasó a mi hermano mayor».

El hermano, en efecto, estaba en Barbastro, o en Monzón, un sitio de por allí, y fue reclutado por los republicanos sin que se volviera a saber de él. A Juan le dieron un máuser y una manta y lo



mandaron al frente. Primero combatió a lo largo de la línea de ferrocarril de Belchite y luego en un sitio llamado Leciñena, del que se acordaba muy bien porque su compañía perdió mucha gente y él se llevó un rebote de bala en un muslo que se le infectó y lo tuvo tres semanas viviendo como un cura –fueron sus palabras exactas– en la retaguardia.

Acabó en las trincheras de Huesca, donde apenas llegado cumplió diecinueve años. El frente se había estabilizado por esa parte, la ciudad se mantenía en manos de los nacionales, y los fuertes



ataques republicanos para intentar aislarla, muy duros al principio, fueron reduciéndose en intensidad. Juan recordaba un ataque de las brigadas internacionales; un duro combate tras el que se fusiló a varios prisioneros rojos «porque eran extranjeros y nadie les había dado vela en nuestro entierro». Después de eso, su sector se mantuvo estable hasta casi el final de la guerra. Era una guerra de posiciones, de trincheras, con el enemigo tan cerca que los contendientes podían hablarse. En los ratos de calma, que no eran pocos, se gritaban insultos, se leían los periódicos de uno y otro lado, y a veces, con altavoces, ponían música, cantaban jotas, coplas y cosas así. También intercambiaban noticias de sus respectivos pueblos, pues a cada lado había soldados que eran paisanos y hasta vecinos. Más de una vez, contaba Juan, dejaron, en un sitio determinado de la tierra de nadie, tabaco, librillos de papel de fumar y latas de conservas que se pasaban entre ellos.

Una mañana, apoyado en los sacos terreros con la culata del fusil en la cara, Juan oyó preguntar desde el otro lado si había allí alguien de su pueblo. Gritó que sí y preguntaron el nombre. Lo dijo, hubo un silencio y al cabo una voz emocionada respondió: «Juanito, soy Pepe, tu hermano». Entre lágrimas, y también entre el silencio respetuoso de los compañeros, los dos cambiaron noticias de ellos y de la familia. Los soldados lo miraban incómodos, contaba. Como avergonzados de estar allí con fusiles. Al día siguiente, tras pensarlo toda la noche, Juan fue en compañía de un sargento a ver a su capitán y le pidió permiso para ver al hermano. Excepto algún paqueo de rutina, el frente estaba tranquilo. Ya se habían encontrado otras veces rojos y nacionales en la tierra de nadie. Sólo pedía diez minutos. «Júrame que no vas a pasarte», le dijo el jefe. Y Juan sacó la cruzcita de plata que llevaba en el pecho y la besó. «Se lo juro por esto, mi capitán».

Se vieron dos días más tarde, tras ponerse de acuerdo de trinchera a trinchera. Juan salió de la suya con los brazos en alto. Nadie disparó. Anduvo unos treinta metros y, junto al muro derruido de una casa, llorando a lágrima viva, se abrazó con su hermano. Hablaron durante diez minutos, fumaron juntos y volvieron a llorar al despedirse. Tardarían siete años en volver a verse. Y cuando Juan regresó a su trinchera, los compañeros sonreían y le daban palmaditas en la espalda. Aquel día, nadie disparó ni un solo tiro. «Era buena gente», me contaba Juan, entornados por el humo de un cigarrillo los ojos que se humedecían al recordar. «Los de uno y otro lado, hablo en serio. Estaban allí con sus fusiles en una y otra trinchera, brutos como ellos solos, sucios, egoístas, crueles como te hace la guerra... Pero de verdad eran buenos hombres».

Se vieron dos días más tarde, tras ponerse de acuerdo de trinchera a trinchera. Juan salió de la suya con los brazos en alto. Nadie disparó. Anduvo unos treinta metros y, junto al muro derruido de una casa, llorando a lágrima viva, se abrazó con su hermano. Hablaron durante diez minutos, fumaron juntos y volvieron a llorar al despedirse. Tardarían siete años en volver a verse. Y cuando Juan regresó a su trinchera, los compañeros sonreían y le daban palmaditas en la espalda. Aquel día, nadie disparó ni un solo tiro. «Era buena gente», me contaba Juan, entornados por el humo de un cigarrillo los ojos que se humedecían al recordar. «Los de uno y otro lado, hablo en serio. Estaban allí con sus fusiles en una y otra trinchera, brutos como ellos solos, sucios, egoístas, crueles como te hace la guerra... Pero de verdad eran buenos hombres».

Almudena Grandes, Premio Nacional de Narrativa

Mofarse en *El País* de la violación de unas monjas en el 36 te garantiza el Nobel de Narrativa

Francisco Lanzas (*El Correo de Madrid*)

«¿Imaginan el goce que sentiría al caer en manos de una patrulla de milicianos jóvenes, armados y –immm!– sudorosos?». Almudena Grandes, que en marzo de 2007 dijo que cada mañana «fusilaría» a dos o tres voces que le «sacan de quicio», se refería de esta forma a las violaciones de monjas a manos de los soldados republicanos durante la Guerra Civil. Lo hizo desde *El País* y en la víspera del Día Internacional contra la Violencia de Género y no escuchamos

a ninguna feminista afearle la conducta ante tamaña afirmación. No, no las escuchamos y sí, sin embargo, fue ministrable para la cartera que al final ocupó Maxim Huerta, por el inefable Presidente que nos gobierna.

Como bien dicen en *este portal*, imaginemos por un momento la que se armaría si un gobierno concediese un premio como ése a un escritor de derechas que se hubiese mofado de una mujer



violada. Ya no sólo habrían decretado la muerte civil del escritor, sino que además ahora estarían pidiendo la dimisión del gobierno en pleno. Lo que este premio demuestra es que la izquierda se ha arrogado una absoluta inmunidad moral para decir y hacer lo que le dé la gana, por bestia que sea, al mismo tiempo que exige censura y disculpas por cualquier cosa a quienes se oponen a sus tesis ideológicas. Pero la culpa, todo hay que decirlo, no sólo la tienen los izquierdistas por creerse moralmente superiores al resto de la gente, sino también la derecha, por sus eternos complejos y por su patética tendencia a hacerse perdonar por esa

izquierda que la odia y la desprecia. Luego esa derecha cobarde se queja de que cierto partido verde, le esté restando votos... y lo que les queda.

A veces, pienso si de verdad está pasando todo esto en mi amada España y no me queda más que recordar aquella frase de Jose Antonio, en la que decía algo así como «Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su patria porque les gusta la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España».